

Vida cultural donostiarra

Notas históricas

por

Rufino Mendiola

Constituye este trabajo una contribución a la historia de San Sebastián, unos apuntes sobre un aspecto o faceta de su vida, notas sueltas y mal hilvanadas que no formarán un estudio detenido y reflexivo, pues esto implicaría espacio, serenidad y sosiegos mayores que los que brindan los ajetresos del vivir cotidiano.

Han de ocupar nuestra atención la vida docente y las actividades de la cultura en un orden superior, actividades desarrolladas a través de los tiempos en nuestra ciudad.

1.—LOS CENTROS DOCENTES.

Poco puede decirse con anterioridad al siglo XIX, así que nuestras noticias han de referirse en su mayor parte al pasado siglo y al actual.

Ojeada retrospectiva

Son oscuras e inciertas las noticias acerca de la instrucción en San Sebastián. Recurriendo a las que suministran los autores que de la historia de la Ciudad se han ocupado y las notas existentes en las relaciones de documentos del Municipio, encontramos con anterioridad a nuestros tiempos las que siguen.

El doctor Camino nos dice que ya el Secretario de Estado de Carlos V, don Alonso de Idiáquez, pensó erigir el año 1541 un Co-

legio de profesores en el convento de San Telmo, no teniendo efecto su idea.

Ya en 1568 existía una manda para dotar una cátedra de Filosofía, mas estos fondos pasaron a la cátedra de Latinidad.

Existió, pues, en efecto un estudio abierto de Latinidad y Retórica regentado por un catedrático que nombra la ciudad, estando el cargo dotado con arreglo a la Real Provisión del Consejo de 1787.

Y aún en 1818 hay noticias de nombramientos de preceptores de latín.

Estas noticias se ven confirmadas en documentos del Archivo de la ciudad. (Véase el «Índice de los documentos del Archivo del Excmo. Ayuntamiento de San Sebastián» publicado por don Serapio Múgica.)

Las Escuelas públicas y los Colegios privados.

Don Joaquín de Ordóñez, presbítero, en un folleto que lleva por título «San Sebastián en 1761» nos dice que en el Colegio de los PP. de la Compañía «se enseña moral, gramática, leer y contar».

Este Colegio de la Compañía tuvo su asiento cabe los muros de San Telmo cerca de Santa María, conservándose aún el arranque de sus arcadas en la plaza del frontón cerca de la calle 31 de Agosto.

En 1767 se extingue en España la Compañía y sus temporalidades pasan a otros fines.

En el año de 1870 funcionaba el Colegio de los Jesuitas, donde se daba 2.^a enseñanza, estando establecido en la Avenida de la Libertad, número 23 (la Avenida estaba entonces extramuros de la Ciudad).

Funcionó con internado y alumnos externos, durando hasta que la guerra de los años 1873 y 1874 obligó a su cierre.

No se puede negar que la ciudad de San Sebastián ha sido, y es, una de las que más celosamente atiende a los altos intereses de la enseñanza.

El autor de la Guía manual de Guipúzcoa y de San Sebastián, don José Manterola, editada en 1871, nos da curiosas notas sobre los establecimientos de instrucción en esta época, y nos dice que el número de las escuelas particulares de niños y niñas era considerable en la Ciudad.

Agrega que el Ayuntamiento sostenía en esta época dos escuelas de niños, superior una, y elemental la otra, en los salones de Santa María en la subida al Castillo; una escuela superior de niñas, situada en la Casa de Oquendo en la misma subida al Castillo y una elemental, también de niñas, en la calle Mayor número 12; una escuela de párvulos, común a niños de ambos sexos, situada en el edificio de las Escuelas en la plazuela del mismo nombre. Esto por lo que respecta a la zona urbana.

En cuanto a la zona rural existían dos escuelas extramurales, servidas por dos maestras; una escuela de niños y niñas en el barrio de Ulía, otra en el barrio de Loyola y finalmente otra en el barrio del Antiguo.

Más tarde se añadieron Lugariz y Eguía.

Por estos años 1870-1871 comenzaron las obras de construcción de un nuevo edificio destinado a escuelas públicas, presupuestado en 600.000 reales. Este edificio se emplazaba en las calles Peñaflovida y Garibay.

Cuando se terminó su construcción se destinaron sus locales a Escuela Superior. En «Mi pueblo ayer» de Dunixi, se hace referencia a esta Escuela en uno de sus interesantes artículos (La «sección sexta») y nos dice el autor que distinguía a la Escuela Superior cierto aire académico, en consonancia con el título. La regentó don José Gómez Grábalos, de quien hace una acabada semblanza; al paciente pedagogo le tocaba bregar con los mayores, procedentes de todas las escuelas elementales de la Ciudad, y en esta Superior completaban la enseñanza.

En aquel entonces asistían a las escuelas públicas, no solo alumnos de baja condición, sino también acomodada, lo mismo que acontecía en un principio en otro orden de la enseñanza, en el Instituto como centro oficial.

En el barrio del Antiguo educó a varias generaciones el maes-

tro don Miguel Charola, integérrimo caballero, celoso de su profesión, y de aficiones campestres que cultivaba en sus vacaciones. Era autor de una obrita para lectura de manuscritos, y el Ayuntamiento premió sus desvelos haciéndole objeto de un homenaje.

En los otros barrios de la Ciudad eran los educadores: en Atocha, el motricotarra don Pedro Salvador Cormenzana, que jubilado goza de su descanso, y en Amara (otro ejemplo de forastero aclimatado en nuestra tierra) don Enrique Martín, publicista, autor e inspirador de «La Instrucción Primaria», hoja que ponía en contacto a los restantes maestros de la provincia con la capital.

Cooperaban en la labor educativa de los maestros de escuelas municipales, los maestros de los Colegios privados; merece recordarse los nombres de dos maestros particulares que educaron por esta época a la pasada generación; don José Osés y doña Mercedes Subijana. Tuvo el primero de los citados su escuela en la parte vieja, en la subida al castillo, dedicando luego su actividad a la industria librera; murió en 1881.

También debemos registrar en estos anales de la instrucción la labor del maestro don Juan de la Cruz Arrúe, que de Tolosa, tras la guerra civil, se trasladó a San Sebastián, estableciendo su escuela en la calle Idiáquez 6; su apellido se perpetúa en sus familiares, convecinos nuestros.

De estos años y de los siguientes podemos ampliar y completar noticias. Allá por el año 1885, probablemente, se avecindó en San Sebastián, don Narciso Mendiola, tomando un local en la calle de Andía, número 4, estableciéndose el Colegio de San José.

En aquel entonces y posteriormente compartían las tareas docentes en la localidad don Melitón Aguirre con su Colegio de los Angeles, don León Sánchez con su colegio en la Plaza de Lasala y don Mateo Jiménez, con don Juan y don Bibiano Aguirreche.

A don León Sánchez sucedieron don Toríbio Pena, con sus hijos, que posteriormente establecieron diversos Colegios en la localidad.

También se bifurcó el Colegio de don Mateo Jiménez, en los de San Juan Bautista y Buen Pastor.

Todos ellos educaron generaciones de las que aún quedan quie-

nes en campos de distintas actividades, profesiones y puestos sociales honran a sus educadores.

Merece también recordarse como escuela no oficial la que sostenía el Centro Católico para niños pobres de las Conferencias de San Vicente, siendo en muchos años regida por don Pablo García Arista, de grata recordación.

También hubo algunos Colegios particulares para niñas, como el que tenían a su cargo las hijas del citado don Melitón Aguirre.

No podemos olvidar en esta glosa el Colegio de los religiosos Marianistas; registramos el año 1887 la llegada del joven francés don Luis Cousin, entonces de 28 años, de finos modales y gran bondad que sugiere a la juventud: le acompaña don Francisco Chatillon: viene a dirigir el Colegio Católico de Santa María que establece su Casa en la calle San Martín número 5 (esquina a Marina) donde una placa recuerda tan modesto origen. Se trasladan luego a la finca actual en Aldapeta. Insisten en apellidar *católico* a su Colegio por temor a que les tomaran por protestantes, dado su carácter de extranjeros y acaso por el indumento de sus profesores.

Con gusto consigno aquí un recuerdo para aquel dinámico Director, el alsaciano don Luis Heintz, que alcanzó popularidad en Vitoria donde le dedicaron una calle, viniendo luego a morir en San Sebastián. También debo dedicar un afectuoso recuerdo a otro Director, don Miguel Leibar, sacerdote de temple, que fué sacrificado en Madrid a la furia roja el año 1936.

La Escuela Náutica y los Estudios de Comercio.

Dice el Dr. Camino: «Siendo San Sebastián puerto marítimo hubo antiguamente en ella escuelas, en que se instruía a la juventud en las ciencias y artes necesarias para la navegación.

Por los años de 1583 leía públicamente curso de Cosmografía en el claustro de Santa María, asalariado por la Ciudad y Cofradía de Mareantes, el Licenciado Andrés de Poza» cosmógrafo afamado y «profesor acreditado, que antes había enseñado en Bilbao de Orden del Rey la propia facultad».

El ilustre Consulado de San Sebastián crea en 1765 la Escuela de Náutica.

Extinguida la Ilustre Casa de Contratación y Consulado de San Sebastian en el año 1829 desaparecieron sus servicios y enseñanzas, de momento; mas resurgen estas enseñanzas en 1839 en que el Ayuntamiento y la Junta de Comercio crearon un establecimiento de instrucción bajo el nombre de Instituto (de estudios técnicos) en que se dispensaba la enseñanza de las carreras de Industria, Comercio y Náutica (se daban Humanidades, Historia, Matemáticas, Dibujo, Mecánica, Teneduría, Cosmografía y Navegación, y Francés e Inglés). Su inauguración fué el 12 de enero de 1840.

Subsistió este Instituto (de estudios técnicos) hasta 1848, volviendo a abrirse en 1851.

Estuvo establecido en el edificio de las Escuelas, en la plazuela del mismo nombre.

Fué suprimida la Escuela Náutica en 1885.

La Escuela de Artes y Oficios.

Con anterioridad a la creación de la Escuela que ha llevado esta denominación, se creó ya en San Sebastián el año 1846 la primera escuela de adultos para jóvenes de oficios diversos: las clases se daban en invierno y se enseñaba en ellas lectura, escritura, aritmética y dibujo lineal.

En la obra «Gestión del Municipio de San Sebastián en el siglo XIX», de don Baldomero Anabitarte, se contienen datos posteriores, a los que renunciamos por no extendernos demasiado.

La Escuela de Artes y Oficios fué inaugurada el año 1879 y constituida bajo la dependencia del Ayuntamiento. Dicho año primero había 381 matriculados; en 1900, llegaron a 700 alumnos

Se daba la Sección industrial, artística y comercial.

Se instaló en los mismos locales (que eran propiedad del Ayuntamiento) del Instituto libre municipal, convertido ya en Instituto provincial de Guipúzcoa (del que en su lugar hablaremos). Como las clases eran nocturnas cabía la compatibilidad de locales, pero

se daban sin comodidad, conforme crecía la matrícula, pues hasta el salón de actos públicos del Instituto estaba convertido en clase de corte.

Hubo que pensar en nuevo local inaugurándose a principios del siglo actual el que hoy ocupa en la calle Urdaneta.

La Escuela Normal de Maestras.

Tuvo sede modestísima en sus principios en una planta baja de la calle San Bartolomé, esquina a la Plaza del Buen Pastor, siendo su primera Directora doña Francisca Úgarte, de familia donostiarra.

Atravesó también períodos difíciles en su vida, pues llegó a ser suprimida y vuelta a crear. En esas vicisitudes tocábale el triste sino de deambular en busca de local adecuado, y aunque alojada en palacio o villa una y otra vez, no eran sus departamentos adecuados a la enseñanza; hoy ha visto ya resuelto definitivamente el problema de local. Luchó su profesorado con el ambiente antipedagógico y ha dado excelente rendimiento.

A sus expensas se fundó una Asociación de antiguas alumnas de formación post-escolar.

Historia del Instituto.

Historiadas las vicisitudes de la instrucción elemental en San Sebastián, corresponde tratar de la enseñanza superior oficial, vinculada a su Instituto: es obligado para una clara comprensión de los hechos delimitar las distintas fases históricas de los estudios de segunda enseñanza y de las instituciones que les acogieron y dieron vida en la provincia para llegar a estudiar la creación del Instituto en San Sebastián.

Para hablar de la historia del Instituto de 2.^a enseñanza de Guipúzcoa hay que citar forzosamente a la villa de Vergara, ya que el Establecimiento de estudios de esta clase en la provincia tiene su iniciación, sus antecedentes todos en la citada villa guipuzcoana.

Abarca la historia del Colegio, Seminario o Instituto de Vergara cuatro períodos: el primero desde 1593, fecha de su fundación por una dama genovesa, corre a cargo de los PP. de la Compañía de Jesús hasta 1767, año de la extinción de los Jesuítas. No me permite la brevedad impuesta extenderme más en este período, pero para su estudio remito a los lectores a un trabajo lleno de interés publicado por don Joaquín de Yrizar, en el Boletín de la Real Sociedad Vascongada de Amigos del País, Año I, Cuaderno III.

En la segunda época es regido el Establecimiento docente por la Real Sociedad Vascongada de los Amigos del País en virtud de Real Cédula otorgada por Carlos III en 1769; funciona con los nombres de Real Seminario y de Real Seminario Patriótico Vascongado; es la época más brillante en los anales docentes, agigantándose su historia bajo la égida del ilustre don Francisco Javier de Munibe, Conde de Peñaflorida, gloria de la villa de Azcoitia.

Se organizaron entonces todas las dependencias del Real Seminario, empezando por sus sabias ordenanzas en las que sobresale en primer término el esmero en ciudar de la educación moral y religiosa de los jóvenes.

El plan de enseñanza y distribución del mismo está contenido en la obra del investigador don Julio Urquijo «Un juicio sujeto a revisión. Menéndez Pelayo y los Caballeritos de Azcoitia», en que documentalmente vindica la religiosidad del Conde y libra a la Sociedad Vascongada de la fama de irreligiosa de que fué tachada, acusaciones basadas en textos del autor de los Heterodoxos Españoles, quien según el citado señor Urquijo se proponía revisar su juicio sobre los Caballeritos.

Durante esta época dieron celebridad al Seminario el famoso químico Proust que hizo aquí la primera fundición de la platina, Mr. Chaveneau, el fabulista Samaniego y otros varios.

La tercera época comienza en 1804 en que se releva a la Real Sociedad Vascongada de Amigos del País de la dirección del Establecimiento, denominándose Real Seminario de Nobles, corriendo bajo la protección y autoridad del Gobierno; los años de 1810 a 1814 se llama Liceo Vascongado y los años 1822 a 1823 tuvo el título de Universidad. Atraviesa diversas vicisitudes al compás

de los sucesos políticos del país y en 1835 el ejército carlista se apodera del Establecimiento, destinándolo a hospital militar. Así concluye esta tercera época que podemos llamar de transición de la historia antigua de esta Casa a la moderna.

La cuarta época del Establecimiento o sea su historia contemporánea dura de 1840 a 1880, también de cuenta del Gobierno y funciona con los nombres de «Real Seminario», «Real Seminario Científico Industrial» y «Real Seminario Instituto Provincial Guipuzcoano de segunda enseñanza». La declaración bajo esta última denominación data del año 1845, según acta extendida en la villa el 19 de octubre del mismo año. En consecuencia se abre el curso de 1845 a 1846 dándose a partir del mismo los cinco años de la enseñanza del Plan Pidal, entonces vigente.

Se abre una nueva era para la instrucción declarándose libre la segunda enseñanza en toda su amplitud por decreto del Ministerio de Fomento de 21 de octubre de 1868; al amparo de la ley se abren un sinnúmero de colegios, ya por corporaciones públicas o privadas, ya por comunidades religiosas, y ello trae por consecuencia una reducción del contingente de alumnos de este Instituto-Seminario de Vergara.

Esto nos lleva a abrir un paréntesis y trasladarnos en esta historia de los hechos a nuestra Ciudad.

Vamos, pues, a hacer una relación de las fases por las que pasa la Segunda Enseñanza en San Sebastián.

Una Junta de padres de familia bajo la protección del ilustre Ayuntamiento creó el año 1862 un Colegio privado de segunda enseñanza.

Por Real Orden de 25 de agosto de 1863 se autorizó la creación de este Establecimiento con carácter de *Colegio privado de segunda enseñanza y de segunda clase*, sostenido por el Ayuntamiento, representado para los efectos legales por el Licenciado don Canuto Ignacio Muñoz Agote e incorporado al Instituto Oficial de Guipúzcoa en Vergara.

Por autorización concedida por la Dirección General de Ins-

trucción Pública con fecha 12 de noviembre de 1866 fué elevado a *Colegio de primera clase*.

No tenían estos Colegios privados vida propia, sino que estaban supeditados por completo al Instituto provincial. Publicado el Decreto de 14 de enero de 1869, mereció ya este Colegio desde abril de 1869 el honorífico título y consideraciones de INSTITUTO LIBRE de SAN SEBASTIAN, siendo siempre Municipal, faltándole solamente que pudiese conferir los grados de Bachiller, con *validez*, no solo *académica*, sino también oficial.

La aspiración a esa validez oficial fué apoyada por don Fermín Lasala, Diputado por San Sebastián, y por el sabio brigadier don José Gómez de Arteche, medio vecino de esta capital, que activa y eficazmente hicieron sus gestiones.

Esta es la historia de este decenio de 1863 a 1873 que comprende el funcionamiento del Instituto libre municipal de San Sebastián, que tuvo su modesta sede en estos principios en la calle de la Trinidad número 22.

Mientras dejamos a los donostiarras y sus adalides en las gestiones de obtener completa validez oficial para su Instituto, volvamos la vista a Vergara. Fué su último Director nuestro paisano el arquitecto don Carlos Uriarte Furira, catedrático de Matemáticas, quien se posesiona de su cargo el 30 de mayo de 1871.

Hubo un interregno en que la guerra obligó a cerrar lo mismo que el de Oñate el Instituto de Vergara.

En estos años se reproducen en la nación aquellas efervescencias políticas que estallan luego en la guerra civil que en nuestra provincia tiene también su escenario.

Los profesores del Seminario-Instituto de Vergara se vieron precisados el año de 1874 a abandonar sus tareas docentes en dicha villa e Instituto, por no imperar allí la autoridad del Gobierno constituido, refugiándose en la Ciudad de San Sebastián, donde el Ayuntamiento tiene que darle acogida en aquel edificio levantado para Instituto municipal.

Continuaron en la misma Ciudad provisionalmente con el Instituto de 2.^a enseñanza hasta que terminada la guerra civil

a fines de febrero de 1876, la Real Orden de 29 de febrero de 1880 dispuso que dicho Establecimiento quedara permanente en la misma capital de Guipúzcoa, en el edificio de nueva construcción, que fué Instituto Libre Municipal en el que había sido inaugurado su primer curso en los primeros días de octubre de 1873.

Y en virtud de la misma Real Orden de febrero de 1880, del magnífico edificio del Real Seminario de Vergara tomaron posesión los religiosos de la Orden de Dominicos, en calidad enfitéutica, para los estudios de 2.^a enseñanza, a la vez que algunas clases más para carreras especiales.

Hemos hecho antes referencia a la construcción en San Sebastián del edificio de nueva planta para Instituto Municipal. Coincidió la inauguración del mismo con la del curso 1873 a 1874. Se levantó la construcción en las calles de Garibay y Andía, formando parangón con el edificio de las Escuelas públicas de la calle Peñaflorida, hoy desaparecido. El autor del proyecto fué el arquitecto don José de Goicoa. Tenía la fachada de entrada en la calle de Andía frente a lo que era entonces Teatro del Circo; constaba el edificio de dos pisos con su vestíbulo, galería, aulas, salones y gabinetes. Coronaban el edificio los bustos de los celeberrimos Homero, Platón, Sócrates, Cicerón, Virgilio, Colón, Galileo, Cervantes, Calderón de la Barca, Milton, Lineo y Franklin.

Aquí en este edificio le fué cedido local por el Ayuntamiento al Instituto provincial de Vergara cuando en 1874 con motivo de la guerra, cerrado el de Vergara tuvo que trasladarse a esta Ciudad, según se dijo.

Su sede definitiva en San Sebastián arranca de la citada Real orden de 29 de febrero de 1880 en que se dispuso la entrega del Real Seminario de Vergara al Obispado de Vitoria.

No obstante parecer que quedaba en lo sucesivo definitivamente instalado en San Sebastián el Instituto provincial de Guipúzcoa, corrió riesgo de ser trasladado de nuevo a Vergara por diferencias surgidas entre el Ayuntamiento de San Sebastián y la Diputación que la conminaba a dar nuevo local al Instituto.

Por fin no se consumó el traslado y quedó radicante en San Sebastián el Instituto de Guipúzcoa.

Mas quedaba sin resolver el problema de local, pues siendo el que el Instituto provincial ocupaba propiedad del Municipio, que había albergado allí la Escuela de Artes y Oficios desde 1879, y resultando insuficiente al cabo de los años, sintióse la necesidad de construir otro nuevo edificio. Al efecto cedió el Ayuntamiento un solar y la Diputación construyó a sus expensas el nuevo Instituto.

El viejo edificio guarda imborrables recuerdos para los donostiaras de aquella generación.

2.—LAS SOCIEDADES. MOVIMIENTO INTELECTUAL Y ARTISTICO.

Por los años 1840 y 1841, se ocuparon las tres provincias vascongadas de restablecer la Sociedad Vascongada de Amigos del País, según se desprende de los Registros de Actas de las Juntas Forales de Guipúzcoa; esta Real Sociedad había suspendido sus funciones o más bien cesado con motivo de la guerra de 1808.

Manterola cita en el capítulo de las sociedades como la más antigua la llamada «Reunión de amigos» fundada en 1846 que ocupaba uno de los frentes de la Plaza de la Constitución, teniendo su entrada por la calle de Iñigo núm. 2 y nos dice que tenía «un gabinete de lectura dotado de una regular biblioteca» y surtido de abundantes periódicos nacionales y extranjeros, reinando entre los inscritos la más distinguida franqueza y libertad. Indudablemente que entre esa prensa, además del periódico «La Estafeta», habían de leerse aquellos que por aquel tiempo se publicaban en San Sebastián, tales como «El liberal guipuzcoano» (político), «La Crónica de Guipúzcoa» dirigido por don Pío Zuazua, «El Diario de San Sebastián», también político, en el que esgrimían sus plumas los jóvenes de la localidad; y «El Boletín Oficial de la Provincia» que también sale de los tórculos de la oficina de Ignacio Ramón Baroja.

Y la Comisión de Monumentos, allá por los años de 1854, se reconstituye en San Sebastián a donde de Tolosa se ha trasladado con sus documentos y biblioteca.

Derribadas las murallas, elevánse nuevas construcciones en la zona del ensanche, progresando la ciudad. Esto no obstante, las sociedades que quieren conservar el fuego sagrado siguen acogiéndose a la ciudad antigua. El año 1865 se crea «La Armonía», que viene a sustituir a una de las que de más antiguo existían en San Sebastián, «La Fraternal», siendo su primera base la enseñanza popular gratuita para la clase artesana que sostuvo hasta 1868; disponía también esta sociedad de un gabinete de lectura surtido de los mejores periódicos nacionales y algunos extranjeros y estaba establecida en la calle Mayor, número 4.

El Círculo Mercantil e Industrial, fundado en 1866, tuvo también su correspondiente gabinete de lectura. Esta salió del recinto murado ocupando desde tiempo inmemorial el local de la Alameda, número 23.

Entre las sociedades artístico-musicales cita Manterola en su Guía como una de las primeras en su género en España la sociedad coral «Orfeón Easonense», creada también en 1865 por iniciativa del maestro don Juan José Santesteban. En 1866 fué creada la sociedad filarmónica «La Euterpe» con el fin de propagar la buena música; fué maestro de ella el citado Santesteban.

Si citamos todas estas sociedades es para mostrar estas incipientes muestras de orden cultural, reducidas, en población donde aún no existía una biblioteca pública, a la lectura-practicada en estos círculos—de la prensa, amén de algunos libros que nunca faltan en toda sociedad más o menos organizada. Ya conocemos en parte la prensa de estos tiempos por la anterior enumeración a la que hay que agregar «El látigo», periódico satírico impreso en Irún, y «El Aurrerá», diario político, dirigido por Jamar y que tiene vida de 1868 a 1870.

También merece mención especial «El Magisterio Vascongado», revista de 1.ª enseñanza, dirigida por J. Osés de los años 1862 a 1870.

Este año de 1870 se establece en la Plazuela de Lasala número 2

«La Unión Artesana» que también tuvo su correspondiente gabinete de lectura.

Aquel espíritu innovador que se desarrolló en España a raíz de la revolución de Septiembre de 1868, de la tan gráficamente titulada «la siempre gloriosa» dió por resultado la creación de centros de discusión. En San Sebastián, donde siempre repercutían los sucesos de la capital de España, se fundó por aquel entonces el Ateneo: algunos refugiados y otros ciudadanos donostiarras contribuyeron a su creación el año 1879.

Fué un día del mes de agosto la sesión inaugural: en ella intervinieron Delmas y Zuricalday, el poeta Olóriz y Núñez de Arce que leyó la «Última lamentación de lord Byron» recientemente escrita. Fué un verdadero acontecimiento.

Su primer presidente fué el Director del Instituto don Carlos Uriarte y el secretario general don Joaquín Elósegui Petit-Jean. Se formaron las Secciones de Ciencias exactas, físicas y naturales, Ciencias filosóficas, morales y políticas, y Literatura y Bellas Artes. Su primer año académico oficial hizo época entre los anales del movimiento intelectual del país vasco por los diversos e importantísimos debates que allí tuvieron lugar y las notables monografías que se leyeron, decayendo luego por disidencias surgidas durante el invierno de 1880-81 con motivo de las discusiones filosófico-religiosas que tanta resonancia tuvieron entonces en el país.

La discusión metafísico-religiosa llegó a dividir el Ateneo en dos bandos, blancos y negros. Llevaba el nervio de la discusión aquel catedrático famoso de Filosofía don Luis Eleizalde, quien contendió con sus adversarios don Benito y don Joaquín Jamar, autores de obras sobre el problema vascongado.

Aquel período de cuatro años comprendido entre los de 1879 y 82 tomaron parte en este Centro intelectual, además de los citados, don Serafín Baroja, activo ingeniero de minas y chispeante vascófilo, don José Machimbarrena, ex-alcalde y ex-presidente de la Diputación, don José Otamendi, matemático y aficionado astrónomo, don Severo Aguirre Miramón, luego conde de Torre-

Muzquiz, don José Olano (hijo del inolvidable fuerista don Valentín), don José Manterola, don José de Goicoa, don Nicolás Soraluze, los abogados Sagredo, Berasategui, etc.

Después llevó una vida lánguida hasta quedar exánime, no habiéndose podido vencer las dificultades con que se luchaba, cuantas veces se trató de reconstituirlo hasta más tarde en que, debido a la tenacidad de un grupo de jóvenes ayudados por el Presidente de la Sociedad Económica de Amigos del País, don Manuel Martínez Añíbarro, resurgió de nuevo en 1908.

Tuvo su última etapa en 1916 en que tras una atonía de años, otra promoción de jóvenes busca el apoyo de hombres de ciencia y experiencia—Zuaznavar, Altuna, Loyarte, Ferraz—y se domicilia en el Instituto de segunda enseñanza, presidiendo don José Elósegui la inauguración de sus nuevas tareas culturales. Del Instituto se trasladó a un piso de la Avenida (en tiempo del Doctor Eizaguirre) y posteriormente a la calle Mayor recordándose con agrado la etapa presidencial de don José Múgica. Después del Movimiento quedó extinguido.

Se ha fundado en nuestro días una nueva sociedad bajo la denominación de «Círculo Cultural Guipuzcoano», que ha venido a suceder al Ateneo en su labor cultural desarrollada con intensidad y empeño loables.

El Consistorio de Juegos Florales Eskaros fué una institución que prestó al país señalados servicios y llenó en la historia un preeminente lugar, organizando certámenes literarios con motivo de las fiestas de los pueblos y creando premios. Fué su iniciador el año 1882 don José Manterola y con él colaboraron en sus principios Aguirre Miramón, Canuto Ignacio Muñoz, y otros.

No podemos cerrar la crónica del siglo XIX sin consignar la fundación de una sociedad que llenó fines educativos, culturales y artísticos: el Centro Católico, que se fundó el año 1892, estableciéndose en la calle de Miramar.

Compaginó con su finalidad esencial las actividades artísticas y culturales. Son imborrables los nombres de Zapirain y Alzaga que en colaboración cordial ofrecieron las muestras de su ins-

piración al público: el «Chanton Piperrri», ópera vascongada cuyo primer acto fué cantado en el local citado. Posteriormente se trasladó a la calle Guetaria, número 15.

Entre las Sociedades culturales y artísticas no puede silenciarse la obra de la Sociedad «Bellas Artes». De la fusión de las Sociedades «Easo» y «Eusko-Batzarra» verificada en 14 de agosto de 1895, fundóse al objeto de dedicarse al cultivo de las bellas artes la importante corporación Sociedad de «Bellas Artes», con edificio *ad hoc*, que organizaba conciertos, veladas y conferencias en invierno y exposiciones en verano, como las celebradas en 1896-97 de pintura y escultura, y artística e industrial, respectivamente. Funcionaba en la citada Sociedad una academia musical. Se instaló la Sociedad en la calle Euskal-Erria.

En 1899 se transformó la Sociedad de Bellas Artes en Económica, instaurando la de los Amigos del País, fusionando sus actividades.

Ese mismo año dieron ambas, muestras de vitalidad y buen gusto organizando una nueva exposición histórica y de cosas retrospectivas, presentando objetos arqueológicos, monedas, medallas, objetos de los reinados de Fernando VII a Alfonso XIII, que llamó poderosamente la atención. El año de 1912 sufrió un incendio extinguiéndose la Sociedad.

La mencionada «Sociedad de Bellas Artes» mantuvo brillantemente el cultivo de las artes en todas sus manifestaciones con conciertos, veladas, conferencias, dando esplendor y prestigio a la Ciudad, y contribuyendo, con manifestaciones de arte que traspasaron los ámbitos de la sociedad, a educar y elevar el nivel ciudadano.

En 22 de enero de 1909 se constituyó una «Sociedad de Amigos de las Artes» de carácter internacional para el fomento de las mismas: baste citar dos nombres para juzgar esta obra de protección artística: el Marqués de Roca-Verde y don Ramón Luis de Camio, sus patrocinadores.

La época del novecientos puede muy bien ser calificada de renacentista, pues fué un resurgimiento y una consagración de los estudios y cultura del país vasco que tuvo su eflorescente comienzo en el siglo anterior.

La Diputación de Guipúzcoa, amantísima de las tradiciones, patrocinó y alentó este movimiento intelectual: prueba de ello las inolvidables «Fiestas de la Tradición del Pueblo Vasco» con cuyo motivo tuvieron lugar el año 1904 brillantes exposiciones y conferencias en el salón de actos del Instituto Provincial de Guipúzcoa. Aranzadi, Ramón de Yarza, Ramírez Olano, González de Echavarri trataron temas de interés, cuyos trabajos fueron publicados.

Patrocinada por las cuatro Diputaciones del País e instalada en la de Guipúzcoa funcionó la «Sociedad de Estudios Vascos», constituida en 1918 en el Congreso de Oñate, siendo su primer socio fundador y Presidente de honor el monarca Alfonso XIII y su presidente efectivo, el tradicionalista don Julián Elorza.

Desarrolló su actividad en Congresos y Asambleas, en el apoyo a editoriales musicales vascas, y en cursos de Metodología y alta cultura. Se extinguió en 1936.

En el orden científico ha habido dos sociedades que merecen ser registradas en este rápido bosquejo del movimiento cultural donostiarra: el Centro de Estudios Científicos, fundado por los matemáticos don José Oñate y don Carlos Santamaría; y el Colegio Médico donde funcionaba la Academia Médico-Quirúrgica, palenque donde abordaron cuestiones médicas las eminencias del ramo.

También merece ser recordado en esta enumeración el Círculo de Caballeros de San Ignacio, fundado por el benemérito Padre Nemesio Otaño en 1922, que desarrolló una excelente labor cultural por medio de conferencias, conciertos y Exposiciones.

Hemos hecho referencia al hablar de las sociedades artístico-musicales a las que iniciaron estas aficiones en los últimos decenios

del pasado siglo. A fines del mismo, allá por el año 1897, unos pequeños y modestos maestros cantores de la artesanía, inician unos compases que van *in crescendo* hasta entrar en el nuevo siglo, alcanzando plenitud de vida artística: el Orfeón Donostiarra. Este se fusionó con la CORAL de antiquísimo origen.

La edad de oro de la música tuvo su época después del novecientos en el actual siglo; mas no entra en la finalidad de este trabajo seguir paso a paso el cultivo del divino arte, a lo que contribuyó indudablemente el Conservatorio Municipal de Música, de inmemorial tradición, que cumplió su finalidad.

3.—LAS PUBLICACIONES. REVISTAS DE CULTURA EN EL PAIS.

Bosquejado el movimiento intelectual y artístico que se inició en anteriores épocas, pasemos al que podemos llamar estadio de las letras.

En el campo de las publicaciones se presenta modesta, pero briosa, en el pasado siglo, la Revista «Euskalerría», cuyo fundador fué don José Manterola. En julio de 1880 salió a la luz pública el primer número: eran colaboradores Aguirre-Miramón, Vicente Arana, Araquistain, Arrese, Baroja (Serafín), Campión, Delmás, Duvoisin, Iturralde y Suit, Mañé y Flaquer, Sarriegui, Trueba, Vinson, etc. Su finalidad fué la de dar a conocer la literatura, historia, lengua, leyes y tradiciones del país. Siguió publicándose hasta diciembre de 1918.

Hoy, al cabo de tantos años, son buscados los números de la Revista con interés por los eruditos y aficionados a las cosas del País Vasco que no tienen en sus Bibliotecas particulares tan apetecible colección.

En la centenaria Casa Baroja estuvo instalada su imprenta y administración.

En el año 1911 los señores don Arturo Campión, don Julio Urquijo, don Domingo de Aguirre y don Carmelo de Echegaray

fundaron la Revista de cultura vasca «Euskalerrriaren-alde», de contenido filológico histórico y literario del país vasco, siendo su aspiración que «el curioso viese satisfecha su curiosidad y el erudito encontrase comprobada cualquier investigación».

Cumplió esta finalidad, dando mensualmente prosa y poesía seleccionada, servida por las mejores firmas y con presentación esmerada y artística. Veinte años de vida tuvo, extinguiéndose cuando se truncó la vida de su impulsor y director, Gregorio de Múgica, de quien guardamos cuantos le conocimos un inmejorable recuerdo en nuestro corazón.

La «Revista Internacional de Estudios Vascos» que a partir del año 1922 es órgano científico de la Sociedad de Estudios Vascos, tuvo por fundador en el año 1907 al investigador y bibliófilo don Julio de Ūrquijo. Su renombre traspasó las fronteras y su Revista llenó los anaqueles de las bibliotecas de los sabios y de los centros de investigación.

En el tomo primero de este Libro-Homenaje se inserta un interesante artículo, en el que trata con acreditada competencia don Fausto Arocena la historia de esta importante Revista.

La mencionada Sociedad publicó también un Boletín trimestral de los años 1919 a 1936 con abundantísima bibliografía.

Se publicó también otra Revista «Yakintza», dedicada igualmente a asuntos del país vasco.

No podemos dejar en el olvido aquella Revista literaria y gráfica, de gratos recuerdos, «Novedades», que allá por el año 1909 sirvió de ensayo donde esgrimió sus plumas habitualmente la juventud de aquel tiempo.

Tampoco debemos silenciar la labor científica de «Guipúzcoa Médica», órgano del Colegio Médico Provincial, que comenzó su publicación por el año 1915.

Otras dos Revistas de cultura debemos consignar: «Agere» publicada por el año 1926, órgano del Círculo de Caballeros de San Ignacio, y la Revista «Junior», órgano de la Federación de

Congregaciones marianas, las que citamos porque desarrollaron ambas una actividad cultural.

La Real Sociedad Vascongada de Amigos del País comienza en el año 1945 la publicación de un BOLETIN trimestral en que reanuda su antigua obra cultural con la investigación de temas relacionados con asuntos del país, dando también en sus números, contenidos en el centenar de páginas, miscelánea y bibliografía que satisfaga la curiosidad de los eruditos.

4.—LAS BIBLIOTECAS.

No existiendo en el San Sebastián de la primera mitad del siglo XIX ninguna biblioteca pública, el fomento de la lectura reducíase a las salas de lectura de las primeras Sociedades, de cuya existencia se dió cuenta. Es de creer que existiese biblioteca en el Convento de San Telmo y que fuese la misma, numerosa aun en ejemplares raros, ya que joyas bibliográficas ha habido y hay siempre en innumerables conventos españoles.

De las prensas de las oficinas de Baroja salieron obras tanto en euskera como en castellano sobre diversas materias que indudablemente serían leídas por los vecinos cultos; mas seguía privada la ciudad de una Biblioteca pública.

La Biblioteca Municipal. Historia de su fundación y desenvolvimiento.

¿Quién proyectó el establecimiento de un centro de cultura de esta clase en la ciudad? Una figura de la intelectualidad de aquel entonces extraña a la ciudad; llegó por aquellos años (1830 a 1840) a San Sebastián un personaje que se hizo ilustre; es de Palencia y en su bagaje trae papeles y libros en abundancia; ha conocido en Sevilla a Ceán Bermúdez, a Lista y otros cultivadores de las ciencias y de las artes; es don Sebastián Miñano, canónigo, abogado y médico en una pieza. Se dedica en cuerpo y alma al cultivo de las letras; a la Casa Baroja da los pliegos de la traducción

de «La revolución francesa» de Thiers, que ha emprendido con esmero; a su pluma se debe también esa obra de importancia «El Diccionario geográfico de España y Portugal» en diez tomos.

Ha puesto su afecto en San Sebastián y proyecta el año 1844 establecer en la ciudad una Biblioteca Pública Municipal, sirviendo para ello de base su escogida y numerosa colección de libros; este pensamiento suyo comunica a su gran amigo el benemérito hijo de esta Ciudad, destacado abogado y activo Secretario del Ayuntamiento, don Lorenzo de Alzate.

El Ayuntamiento debía designar local a propósito y Miñano se encargaba de formar el Reglamento y catalogación para organizar la Biblioteca, colocando convenientemente los libros y adoptando medidas para las mejores ulteriores del Establecimiento.

Sensible fué que la muerte de tan insigne español hiciera fracasar tan bello proyecto. Miñano murió en Bayona el 6 de febrero de 1845. Como su última voluntad era de que su cadáver fuese trasladado a San Sebastián, se cumplió lo por él dispuesto, y en el cementerio de San Martín tuvo decoroso enterramiento.

La Biblioteca Pública Municipal fué inaugurada definitivamente en 1874. Su fondo lo constituyeron: libros del Santuario de Loyola y donativos, entre otros de los señores siguientes: don Fernando de Brunet, don Pedro N. de Sagredo, Marqués de Roca-Verde, Señoritas de Erauso, don Eugenio García Barbarín, Conde de Llobregat, don Antonio Peña y Goñi. El año 1875 en tiempo de la restauración de los Borbones se decretó la devolución a Loyola de sus libros.

Don José López Aizpuru era en aquel entonces Director y cumplió la orden, y a continuación emprendió una segunda catalogación. Parte del núcleo de lectores de aquel tiempo lo constituían los emigrantes de la guerra civil, a consecuencia de cuyo hecho aumentó considerablemente la población de San Sebastián. Podemos recordar algunos lectores: don Joaquín y don Benito Jamar, don Juan E. Delmas, don Fidel Sagarminaga, don Antonio de Trueba, don Gaspar Núñez de Arce, don Ricardo Becerro de Bengoa, don Sotero de Manteli, don Mateo Benigno Moraza, don Juan

Mañé y Flaquer, don Hermilio Olóriz, don Camilo de Villabaso, don José María de Iparraguirre.

La Biblioteca se enriqueció con el legado de don Francisco de Aizkibel, lo cual fué debido a gestiones de don José Manterola.

Este insigne donostiarra fué el sucesor de López en la Dirección de la Biblioteca: fué él quien dió brillante impulso a la misma. El Instituto depositó sus obras en este Centro, alcanzando así nuestra Biblioteca notable incremento. Don José de Manterola y Beldarrain murió joven, antes de los treinta y cinco años. A su muerte—29 de febrero de 1884—se publicó en homenaje a la memoria del autor del Cancionero Vasco y de otras publicaciones, «Donostia Manterola-ri», con trabajos necrológicos.

En tiempo de Manterola, siendo Alcalde Tutón, se pasó una circular al vecindario, solicitando donativos de libros.

Don Ricardo Baroja posteriormente fué nombrado Director de la Biblioteca Municipal; falleció al poco tiempo, sustituyéndole don Antonio Arzac, quien también fué sucesor de Manterola en la dirección de la Revista «Euskal Erria» y en el fomento del Consistorio de Juegos Florales Eúskaros.

En su tiempo solicitó la Diputación los libros que en calidad de depósito constituían la Biblioteca de Aizkibel, la cual fué devuelta a la Provincia. También los volúmenes del Instituto Provincial de Guipúzcoa, que igualmente en depósito figuraban, fueron devueltos cuando se terminaron las obras del nuevo edificio para Instituto. Ya desde entonces privada de esas colecciones provisionales, la Biblioteca Municipal quedó limitada a sus existencias propias; éstas fueron engrosando poco a poco, merced a donativos y adquisiciones. Entonces empezó don Antonio Arzac la redacción del Catálogo definitivo, tarea ímproba que mereció los honores de la publicación. No descuidó la inclusión de colecciones de obras, modernas en aquel entonces, y nutrió todas las Secciones del Catálogo con obras de las más diversas materias: lo mismo de ciencias exactas y químicas que de literatura, historia, religión y País Vasco. Se publicó este Catálogo el año 1904.

Dedicó sus aficiones especialmente al fomento de la poesía vasca. La inspiración de Arzac resume Manuel Munoa en estas frases:

«Amor a su tierra, a su lengua, a sus paisajes, con aquel su noble corazón, todo lleno de nostalgia, ternura y melancolía...»

En tiempo de don Antonio Arzac visitó la Biblioteca un día de agosto, el entonces Ministro de Fomento don José Canalejas. Don Antonio Arzac murió el 11 de octubre de 1904.

Don Francisco López Alén fué su sucesor en la Dirección de este Centro Municipal.

López Alén nació entre libros: ayudó a su padre, cuando éste fué Director y él muchacho. Posteriormente fué el auxiliar de don Antonio Arzac. Tenía, pues, una excelente preparación y gran afición a los libros y al trabajo. Así, pues, prestó sus servicios en la Biblioteca en el transcurso de 25 años, aun cuando fué Director poco tiempo: del 25 de octubre de 1904 al 27 de junio de 1910. En su tiempo honraron la Biblioteca distintas personalidades, bien como asiduos lectores o visitantes. La Biblioteca sirvió libros a don Antonio Cánovas del Castillo, a don Emilio Castelar, al Ministro de Fomento don Alberto Bosch y Fustigueras, al General Arteche (que era lector diario). No publicó Catálogo alguno de la Biblioteca: dejó los Inventarios de obras desde 1904 a 31 de diciembre de 1908 en cinco Apéndices manuscritos.

Fué Cronista de la Ciudad, Director de «Euskal-Erria» y Académico correspondiente de la de Bellas Artes y de Historia. Publicó numerosos trabajos que demuestran su cariño a la ciudad. A su muerte, ocurrida el 27 de junio de 1910, le sucedió el donostiarra don Práxedes Diego Altuna, quien fué nombrado Director el 19 de octubre de 1910.

De los años en que regentó este Centro podemos recordar como lectores distinguidos y visitantes ilustres al escritor don Pablo Parellada, los catedráticos de la Central don Américo Castro y don Miguel Asín, el Teniente Coronel Munarriz, el Doctor don Angel Pulido y S. M. la Reina doña María Cristina, que acostum-

braba hacer alguna visita en su estancia veraniega. En el año de 1918 se aumentó la Biblioteca con la donación del Duque de Mandas.

La figura de este prócer merece un recuerdo: fué amante de San Sebastián donde pasaba grandes temporadas, siguiendo con interés la vida y crecimiento de la ciudad.

Gustaba de hablar en vascuence con las gentes sencillas y era de trato afable y cortés en medio de su grandeza. La Ciudad le debe eterna memoria.

A la ciudad de sus amores donó sus objetos más preciados: su finca y palacio, el Toisón de oro y su rica biblioteca, que la tenía en el Palacio de la calle de Fuencarral en la capital de España.

A ella fueron dos comisionados del Ayuntamiento a hacerse cargo de la misma, hecho que motivo el disgusto de Altuna, quien como bibliotecario lo consideró como una postergación.

Trasladados los libros a San Sebastián se pensó en su instalación. Se hicieron reformas en las salas, habilitándose una grande para contener dicha donación que se trajo desde Madrid. Se abrió al público la Sala el 20 de enero de 1923, yendo el Ayuntamiento en corporación al acto en el que intervino el albacea testamentario don Julián Lojendio. Del donativo del Duque de Mandas dejó don Práxedes un Catálogo mecanografiado.

Ejerció su cargo el señor Altuna hasta su muerte en el año de 1931; fué un superviviente del donostiarrismo de aquellos hombres y tiempos que iban desapareciendo: hombre jovial, con aficiones literarias, como lo demostró en versos, artículos y comedias.

Era Altuna conservador y amigo de perorar de política y literatura en sus reuniones y grupos que formó y cultivó; enemigo de la farsa social, pero bondadoso en medio de todo, díscolo y cortés. Fué su vida lo que él quiso que fuera, dejándose al fin lentamente morir. El «sempiterno inconforme» le llamó Inigo de Andía en la necrología de «El Pueblo Vasco».

Murió el 23 de febrero de 1931 sin lograr su sueño ideal de ver implantada la República en España.

A la muerte de don Práxedes Diego Altuna se hizo cargo de la Dirección de la Biblioteca el autor de este trabajo, posesionándose de su cargo en mayo de 1931.

Al año siguiente, 1932, fué trasladada la Biblioteca Municipal desde los locales que ocupaba en el edificio de Artes y Oficios al Palacio de San Telmo, abierto al público el 3 de septiembre en acto inaugural con asistencia del entonces Ministro de la República, don Fernando de los Ríos.

En los años de la Cruzada de Liberación, en que la Ciudad se vió honrada con la presencia de refugiados, la Biblioteca fué visitadísima por distinguidas personalidades. Atendió exigencias de las Reales Academias, acogidas en sus locales, donde realizaron sus trabajos propios. De aquel tiempo recordamos entre lectores y personas que se han servido de esta Biblioteca: don Joaquín Arrarás, los Doctores Tapia y Suñer, los catedráticos don Pío Zabala, don Miguel Asín, los Académicos don Modesto López Otero y Condé de Romanones.

Como hechos que destacan en la vida de la Biblioteca podemos señalar las exposiciones de libros celebradas con éxito en los años de 1941, 1942 y 1944, actos acompañados de conferencias públicas.

Sin pretender entrar en exponer en sus detalles el funcionamiento de la Biblioteca, nos limitaremos a decir que en realidad funcionan dos Bibliotecas: una la antigua Municipal y otra la particular del Duque de Mandas, instalada en sala independiente conforme a las cláusulas de la donación.

Las características de ambas Bibliotecas son distintas: la antigua Biblioteca Municipal está particularmente nutrida de donativos de toda clase, obras anticuadas muchas de ellas, y cuyo fondo hoy se va remozando, atendiéndose a las diversas Secciones. No debe despreciarse el fondo antiguo que es siempre respetable, pero debe modernizarse el fondo de la Biblioteca conforme a la norma de un autor: «entre dos libros antiguos uno moderno». Así se practica actualmente en la Biblioteca.

Se ha dado últimamente incremento a la Hemeroteca, donde

ya de antiguo existían periódicos locales, algunos de ellos desde el año de la fundación de esta Biblioteca. Se han completado publicaciones gráficas y otras literarias y de información, y esta Sección va hoy en aumento, recibándose aproximadamente 40 publicaciones entre revistas, periódicos y publicaciones oficiales.

El número total de volúmenes es de 25.864.

La Biblioteca del Duque de Mandas.

Esta importante donación merece mención especial: sus características son completamente distintas a la antigua Municipal, pues así como ésta tiene el carácter de popular y de divulgación, la Biblioteca del Duque de Mandas puede decirse que es la Biblioteca del erudito, del investigador.

Su fondo lo constituyen en su mayoría obras de historia, política, economía, legislación, filosofía, arte, religión, figurando entre ellas riquísimas colecciones: particularmente el período de la Revolución francesa puede ser estudiado en sus mejores fuentes. Hay también obras de Literatura clásica, nacional y extranjera, viéndose en sus estantes obras raras y curiosas, y se conservan también algunos libros de Horas con miniaturas de valor; así como también láminas preciosas y papeles y manuscritos pertenecientes a este ilustre prócer. Hay muchas obras extranjeras, revistas, periódicos, colecciones de Cortes, etc. Merece citarse la colección completa de «Le Moniteur Universel».

El número de volúmenes de esta Biblioteca del Duque de Mandas es de 13.692.

Conocido es de todos el proyecto de traslado de la Biblioteca Municipal a la Casa Consistorial, no estimando pertinente extendernos en consideraciones sobre este hecho, que, llevado a cabo en su futura instalación y reorganización de servicios, redundará en beneficio de la cultura de los donostiarra.

Bibliotecas de otros Centros oficiales y de particulares.

En la Ciudad existen otras Bibliotecas, las que en su casi totalidad son más bien privadas que públicas.

La Biblioteca de la Diputación de Guipúzcoa, está integrada por los fondos siguientes: el básico o estrictamente provincial, el de Aizquibel, que antes estuvo situado en depósito en la Biblioteca Municipal y en la Sociedad de Estudios Vascos, y finalmente, el de Allende Salazar, procedentes éstos de legados de sus propietarios. En conjunto habrá alrededor de veinte mil volúmenes incluidos los folletos. Fué declarada pública el 12 de marzo de 1943.

La Biblioteca del Instituto «Peñaflorida» es más bien técnica que divulgadora: no es pública. Hay en ella una Sección para uso de escolares.

La Escuela Normal del Magisterio, la Escuela Profesional de Comercio y la Escuela de Trabajo tienen también sus Bibliotecas características, acomodadas a las finalidades de sus estudios: no son públicas.

La Escuela de Artes y Oficios tuvo su biblioteca, integrada por obras técnicas, la cual después de la extinción de este Centro ha pasado por acuerdo municipal a engrosar los fondos de la Biblioteca Municipal.

Entre las bibliotecas particulares merece citarse la de don Julio de Urquijo. Situada casi en su totalidad en el domicilio de dicho señor en San Sebastián, aunque algunos fondos, los menos importantes en calidad además de en cantidad, están todavía en San Juan de Luz. Pasa por ser la mejor biblioteca, sobre todo en cuanto a libros escritos en vascuence (devocionarios, catecismos, etc.).

En el tomo I del Libro-Homenaje a don Julio de Urquijo, se inserta un interesantísimo trabajo, debido a la pluma de don Mariano Ciriquiáin, Secretario de la Diputación, cuyo elogio es innecesario hacerlo.

Existen otras bibliotecas en la localidad como la de la Comisión de Monumentos y la de la Sociedad Económica de Amigos del País, bastante mermadas en sus fondos por el deterioro causado en una inundación local.

El Museo Oceanográfico tiene una biblioteca Naval con importante documentación marítima.

Entre otras particulares, son dignas de citarse la biblioteca de don Amadeo Delaunet, rica en obras de Genealogía y Heráldica, la de don Adrián de Loyarte con abundante fondo histórico y literario, sobre todo en obras referentes al País Vasco-Navarro, y otras en cuya enumeración no podemos detenernos. En sociedades y círculos hay también algunas bibliotecas con fondos de obras generales o especialidades de conformidad con sus finalidades propias.

Terminan aquí estos breves apuntes que reunidos forman un pequeño material, suficiente para encajar en un tema o lección de historia local; no contienen más que unos datos, algunos extractos de documentos, un esbozo de ciertas figuras relevantes, el comentario a una labor cultural, una breve exposición del movimiento intelectual de San Sebastián, en una palabra.

Hay indudablemente lagunas, omisiones, que obedecen, no a desconocimiento de hechos y figuras, sino a que no debiendo dar mayor extensión a este trabajo, han de destacarse preferentemente los datos y noticias de mayor relieve, por cuya razón no puede pretenderse en esta recopilación, hecha con alguna anterioridad, llegar hasta el momento presente de la vida cultural donostiarra.
